

Concurso

de relatos de ciencia ficción

HOMOCRISIS

by

TOSHIBA

CALEFACCIÓN & AIRE ACONDICIONADO

homocrisis.es

El motor del mundo

JAVIER CASTAÑEDA DE LA TORRE

GANADOR DEL III CONCURSO
DE RELATOS HOMOCRISIS

JAVIER CASTAÑEDA DE LA TORRE tiene como referentes a Ballard, Borges y Alan Moore y ha sido finalista y ganador del Alberto Magno de ciencia ficción en 2014 con Horror Vacuï, una sociedad futura en el que los ciudadanos están controlados por nanobots que circulan por la corriente sanguínea. Fue ganador en 2015 del I concurso de CIFICOM y finalista del Ignotus con El abismo mecánico, un relato en el que se reflexiona sobre la creación artística a través de las inteligencias artificiales. Finalista en 2016 del premio Ignotus en categoría de mejor novela corta con El traductor de dios, una ucronía en la que los judíos dominan el mundo gracias a la cábala y mantienen a los árabes confinados en una pequeña franja. En La Belleza del Uróboros, recién publicada en la editorial Cerbero, trata el tema de las paradojas y la autorreferencia metalingüística en un guiño infinito a Borges. Por último, fue finalista del UPC con Jinetes de la tormenta, de futura aparición, en el que se narran los problemas de traducción que tiene una niña Nepalí en su comunicación con una entidad extraterrestre.

Su obra destaca por estar impregnada de filosofía presentada de manera imaginativa y por dar siempre algo al lector sobre lo que reflexionar.

El motor del mundo

—¿Qué es la vida? —pregunté mientras miraba como Carnot aleteaba por la habitación aprovechando la energía desprendida por mis palabras—. Papá, mamá, ¿Carnot está vivo o no?

Ambos contestaron casi a la vez. Al potente «Sí» de mi padre le siguió el suave «No» de mi madre.

—¿Cómo puedes decir eso? —le reprochó él—. Claro que es un ser vivo. Está tan vivo como tú y como yo. —Mi madre suspiró. Le desesperaba que mi padre le llevase la contraria. Él, ignorándola, siguió con su discurso como hacía siempre—. ¿Acaso los organismos vivos no se definen como máquinas capaces de convertir la energía inútil del entorno en energía útil?

—No, ésa es tu definición. Los únicos seres vivos de esta nave somos los humanos y las plantas de las que nos alimentamos. Ni pájaros mecánicos ni nada más.

Comenzaron a discutir. Solían hacerlo. Mi madre le explicaba que una máquina no era un ser vivo. Y mi padre llegó a afirmar que incluso la *Hawkins* lo era, un ser vivo que tenía una relación simbiótica con nosotros. Y entonces mi madre estalló.

—¡Para ti esto es como una religión! ¿No?

Mi padre se asustó por el grito. Miró hacia todos los lados comprobando que nadie más lo hubiese oído y en ese momento fue cuando se dieron cuenta de que la discusión se les había ido de las manos. Los dos se callaron inmediatamente. Toda discusión generaba una pérdida de energía útil. Por eso estaban prohibidas en la *Hawkins*. Todo aquello que aumentase la entropía por encima del 1% estaba prohibido en la *Hawkins*.

Por supuesto, Carnot, que ahora volaba con fuerza aprovechando los infinitesimales cambios de temperatura y presión generados en la discusión, no era un aparato de ese tipo. Su rendimiento rozaba el 99,78%. Un aprovechamiento casi total.

Carnot se apoyó en mi mano y le acaricié. Emitió un suave pío. A mí sí me parecía un ser vivo. No había conocido nada más parecido a uno salvo a los humanos de la *Hawkins*.

Mi madre abandonó la habitación enfadada. No le duraría mucho tiempo. Sabía que por la noche suspiraría con mi padre cuando se reconciliaran. Siempre les oía suspirar a través del conducto aerotérmico que maximizaba la energía útil entre habitaciones.

Mi padre se acercó a mí y me puso la mano en el hombro.

—No se lo tengas en cuenta. A tu madre todavía le cuesta aceptar esta situación a pesar del tiempo transcurrido. Tú sólo has conocido esto, pero nosotros venimos de un mundo en el que todavía no existía la limitación tan brutal de energía que hay en esta nave.

Yo asentí y él miró nostálgico al reloj Atmos que llevaba en su muñeca. Una reliquia de ese viejo mundo que tuvieron que abandonar cuando Nuevo Sol consumió todo su hidrógeno. Mi padre lo conservaba como un recuerdo, porque en una nave espacial que no se regía por la rotación en torno a una estrella, la medida del tiempo en horas, minutos y segundos carecía de sentido.

Nuestras vidas ahora se regían por la degradación de la energía.

Esa noche no dormí del tirón, a pesar de que nuestra capacidad para soñar había desaparecido hacía tiempo. Mi papá me

contó que según Nuevo Sol se fue apagando, los hombres forzaron a la naturaleza, a la naturaleza humana, a convertir nuestros cuerpos en máquinas más eficientes. Mucho más eficientes. Y soñar era un gasto energético que ya no nos podíamos permitir.

Vivíamos en un universo sin estrellas ni sueños.

Al levantarme entré en la habitación de mis padres y salté encima de su cama. Papá me regañó a mí y mamá a él:

—Dios mío. Déjale en paz. Es un niño. Déjale que disfrute como un niño.

Mi padre no quiso responder, no quería volver a discutir, así que le preparó uno de los cinco cafés que le quedaban. Era uno de los privilegios que tenía por ser un científico de clase A.

Cuando se lo llevó, mi madre le echó un poco de leche y la mezcló con el café de manera irreversible. Por lo menos de manera irreversible si no se quería generar mucha más entropía al separar los componentes de nuevo. Mi padre siempre me contaba estas cosas para que me concienciase del ahorro energético. A mi madre, en cambio, le gustaba aumentar el desorden. Creo que a veces lo hacía para fastidiar a mi padre y su meticuloso control de los julios.

Mi madre sorbió un poco y se quejó de que quemaba. Sopló para disipar el calor en el ambiente y así impedir que al quedarse sobre su superficie fuese reutilizado por el café para mantener su temperatura. Esta vez mi padre no le regañó, porque el aparato de aerotermia que se encontraba justo encima de ella era capaz de utilizar la energía producida por casi cualquier cambio de temperatura en el ambiente hasta el límite de una centésima de grado. Soplar el café por tanto aumentaba la entropía incluso menos que Carnot.

Mi padre me preguntó si quería ir con él al motor de la *Hawkins*. Los privilegios no se heredaban salvo que yo me convirtiese también en un clase A. Si a mi padre le ocurría algo antes de que yo lo consiguiese, los perderíamos todos. Por eso se esmeraba en enseñarme cómo funcionaba la nave.

Fuimos por el gran anillo interior, iluminado por bacterias bioluminiscentes. Casi la única luz que yo había contemplado a lo largo de mi vida, pues el espacio frío y oscuro nos rodeaba. Las líneas que indicaban el camino eran una visión hermosa. Estaban formadas por una mezcla de colores. Colores, me contó mi padre, diferentes de los que vieron los hombres de hacía miles de años, porque también habíamos ayudado a la naturaleza a que nuestros ojos percibiesen la luz por debajo del espectro de infrarrojos.

Llegamos al motor. Siempre que iba allí me sorprendía. Las miles de pequeñas celdillas que lo formaban eran algo asombroso. Infinidad de pequeños osciladores nanométricos que se movían por la atracción de la energía del vacío y la canalización de la radiación cósmica de fondo que se utilizaba como efecto repulsivo. En realidad no entendía cómo funcionaba, pero era capaz de repetir esas palabras hasta dormido, tal como mi padre me las había repetido a mí infinidad de veces. Sólo sabía que estas máquinas cuánticas permitían dar energía a la nave y propulsarla. «Le robamos energía al espacio», decía siempre sonriendo mi padre. Una impresionante obra de ingeniería que nos permitiría llegar a la tierra prometida, Eden I, el paraíso de la energía en un universo sin estrellas.

Mi padre realizó la comprobación de rutina, mientras yo intentaba comprender algo de lo que hacía. Todavía me quedaba mucho para poder sustituirle en sus tareas.

A la vuelta regresamos por el pasillo exterior de la nave, que estaba en completa oscuridad. Sólo percibíamos la luz desprendida por el calor de nuestros propios cuerpos. Mi padre iba un poco rápido para nuestro metabolismo y me fatigué. Paramos en uno de los miradores de cristal. Nuestros cuerpos ectotérmicos se cansaban con facilidad. Nos sentamos en un banco que miraba hacia el basto y frío espacio. Únicamente rompía la monotonía algún punto de luz en la distancia. Una lejanísima estrella probablemente ya consumida.

Antes de dormir mi padre me contó un cuento. Lo hacía de vez en cuando. Y yo casi siempre le pedía el mismo: el de los

vikingos. Me gustaba porque mi padre me describía cómo eran los mares de Vieja Tierra por los que navegaban y yo nunca podía imaginar tanta agua junta. Aquí la contábamos por gotas.

Al día siguiente mi padre fue a una de las cuatro esclusas de aire de la nave. Debía hacer comprobaciones allí. La primera compuerta que permitía el acceso empezó a abrirse el día anterior. Esa apertura ralentizada ahorra energía. Entramos en el habitáculo que comunicaba con el exterior de la nave. La segunda puerta se abría por un sistema de compresión, rápido y eficaz. Hasta ese momento no había sido necesario usarla. Pero lo sería en caso de tener que realizar alguna reparación. Se puso a comprobar temperatura y presión atmosférica y yo le dije que no me encontraba bien y que iba a regresar a mi habitación a tumbarme en la cama. Él asintió y me dejó ir.

Fui por el gran pasillo interior hasta que cogí una de sus ramificaciones. Por el camino me choqué con un enterrador.

—Plan de ruta —me espetó.

No se podía caminar por la nave sin rumbo fijo. Era un gasto de energía inútil. Yo le enseñé mi tarjeta de paso y comprobó los sellos, verificando que el trayecto era correcto.

—No vayas demasiado rápido, chico. No queremos que esto se acabe antes de llegar.

Cuando comprobé que ya no me observaba, me salí de la ruta hacia los intrincados pasillos interiores. Tenía una cita en otro sitio. A partir de ese momento, si me pillaban deambulando por esa zona, me «enterrarían».

Llegué al lugar conocido como la explanada y los otros niños ya estaban allí.

—Mira, ahí está el clase A —dijo uno de ellos que tenía las piernas un poco más largas, lo que le condenaba a ser como máximo un clase B por tener un índice de inercia térmica inferior al resto.

Se me erizó el pelo al instante de entrar allí. La pilo erección era un sistema muy eficiente para la regulación térmica.

—Para ser un clase A, no se ha dado mucha prisa —dijo uno de ellos que no poseía pelo facial, lo que le condenaba a ser como máximo un clase C.

En la explanada, un inmenso espacio en el interior de la nave en el que no había ningún aparato termorregulador, hacía frío. Mucho frío. En menos de quince minutos como mucho entraríamos en criptobiosis. Pero era precisamente por eso por lo que estábamos allí: para competir.

—Venga, Clase A. Quítate la ropa.

Los cinco comenzamos a desnudarnos. Lo hacíamos a la vez para que nadie tuviese ventaja. Nuestros cuerpos no tardarían en perder temperatura y por debajo de cinco grados, entraríamos en un letargo fisiológico en el que nuestros organismos funcionarían al ralentí. El que más tardase en caer, ganaría.

Todos se quedaron completamente desnudos, los dos chicos y las dos chicas. Yo no. Me dejé puesto el gorro que llevaba en la cabeza.

—Todos iguales, Clase A.

Y lentamente dejé al descubierto mi calva cabeza. Sus rostros mostraron asombro.

—¿Cómo puedes ser un clase A? —preguntó una de las chicas. Pero yo no contesté.

El chico alargado comenzó a moverse. Quería generar calor con el ejercicio. Lo que no sabía era que así entraría antes en criptobiosis. Ésta dependía de varios factores: tasa de disipación de la energía corporal en el ambiente, energía disponible del propio cuerpo y metabolismo particular de cada uno. Este último factor era fundamental. Todavía se contaba la leyenda de una chica que fue capaz de permanecer despierta por debajo de los cero grados de temperatura corporal. No era nuestro caso. Como mucho aguantaríamos hasta los tres grados y medio Celsius.

El primero en caer fue el larguirucho, tanto moverse consumió su energía muy rápidamente. Después cayó al que le faltaba pelo facial. Perdía una importante cantidad de calor por la cara.

Algo de lo que no debía ser consciente porque poniéndose las manos en el rostro pudo conseguir prolongar la disipación. Si no sabía eso entonces no sería ni un clase D.

Yo me acurruqué en el suelo, formando un cubo con mi cuerpo y escondiendo mi calva entre mis pantorrillas. La regla de Allen era lo primero que nos enseñaban. Por lo menos a los de clase A. Las otras dos chicas restantes también parecían conocerla. Una de ellas no tardó en caer. Lo supimos cuando su cuerpo se desmoronó sobre el suelo dando un golpe seco. Sólo quedamos una niña rubia de ojos azules y yo.

Yo tenía una ventaja sobre ella, mi mayor cantidad de vello corporal, lo que me hacía tener una inercia térmica mayor. Pero ella lo compensaba con su tamaño más reducido y una superficie dérmica inferior. Al final sería cuestión de metabolismo. Unas décimas de grado más de aguante antes de entrar en el letargo decidiría la batalla.

Noté como mis constantes se reducían y el sueño se apoderaba de mí. Sólo los bostezos luchaban contra el aletargamiento. Pensé en *La fiebre*, una historia de Nueva Tierra que me contaba mi padre, de cuando teníamos un organismo totalmente endotérmico. Mi padre me aseguraba que los cuerpos podían llegar a tener hasta treinta y dos grados de temperatura, tres grados más que la temperatura natural del cuerpo en aquella época y que ese exceso se le conocía como fiebre. Yo no terminaba de creérmelo. «¿Cuánta energía se necesitaba para mantener un cuerpo a veintinueve grados?», le pregunté un día. Y mi padre me contestó: «Mucho. Por eso comían hasta una vez al día». «Incluso es posible —me dijo— que en Vieja Tierra la temperatura natural de los hombres fuese de treinta y seis grados y que tuviesen que comer varias veces al día». Yo no entendía cómo era posible tal gasto de energía y él siempre me contestaba que hacía miles de años a los seres humanos les sobraba la energía.

Pensar en la fiebre me dio un poco de calor. Pero no podía parar el sueño. Lo único que me mantenía activo era mover la cabeza. Miraba a la chica cada vez más a menudo, lo que me

acercaba más rápido a mi rendición. Al final me quedé contemplándola. Ya no tenía fuerzas para girar la cabeza. Sus ojos azules se clavaron en los míos. Empecé a tener microsueños. Creo que cada vez más largos, aunque no podría asegurarlo. Mi desvanecimiento total era inminente. El azul de sus ojos me recordaba al mar de los vikingos. Así me lo describía mi padre. Cuando iba a dejar ya que el sueño me venciese, vi como la cortina de sus ojos se cerraba y su cabeza caía muerta hacia delante.

Me levanté como pude. Apenas tenía fuerzas. Aun así me puse la ropa. La adrenalina de haber ganado me ayudó a ello.

Fui a buscar a los enterradores, pues yo solo no podía sacar los cuerpos de allí.

Cuando mi padre se enteró de lo que hice, me regañó. Sin mucha efusividad, eso era una pérdida de energía útil, pero me alertó del riesgo de ir a la explanada. Yo le mentí. Le conté que sabía lo que iban a hacer esos niños y que sólo entré allí para comprobarlo y denunciarlo. Mi padre asintió y me dio un poco de comida para recuperarme. Mi padre sospechaba pero nunca se enteraría de la verdad. Yo sabía que los demás no me delatarían aunque sufriesen el enterramiento, el castigo por gastar energía de forma irresponsable. No sé qué condena les impondrían, pero sería un largo periodo inmovilizados para reducir su consumo de energía al mínimo hasta que repusiesen lo que habían derrochado.

Aquella noche le pedí a mi padre que me contase el cuento de la fiebre. Sentía envidia de la facilidad que tenían los antiguos para generar calor corporal. Pero él se negó a contármelo. Todavía estaba enfadado. Antes de irse, le pregunté:

—Si en criptobiosis gastamos menos energía, ¿por qué no estamos todos siempre así?

—Porque la nave necesita mantenimiento y sin éste no llegaríamos a nuestro destino —dijo con tristeza.

Los adultos siempre estaban tristes, pensé. Y me pregunté si no sería por una de esas manipulaciones de la naturaleza que hacían para ahorrar energía.

Esa noche soñé. Bueno, si no fuese porque sabía que ya habíamos perdido esa capacidad, podría asegurar que soñé. Habíamos llegado a Eden I y todos vivíamos felices allí.

Me despertó un ruido, de la habitación de mis padres, que me llegaba a través del conducto aerotérmico. Me levanté y fui hasta allí. Mi padre estaba tendido en la cama. Le habían quitado la ropa y le estaban examinando una herida que sangraba.

Mi madre se acercó a mí y me llevó a mi habitación para que no lo viera.

Allí esperé ansioso. Quería saber qué pasaba. Al poco tiempo entró mi mamá.

—Papá sufrió un accidente y su regeneración supone un gasto de energía sólo al alcance de un Clase A++.

Me percaté de que mi madre estaba conteniendo como podía las lágrimas en los ojos: llorar era un gasto inútil de energía.

Entré en la habitación. El enterrador se acercó a mí.

—Tu padre es un clase A y por eso puedes despedirte, pero sé breve.

El enterrador se quedó en la puerta vigilando lo que hacía.

Papá estaba tumbado en la cama con un vendaje alrededor de la herida. Me puse de rodillas junto a él y le cogí la mano. Me la apretó levemente.

—Papá. ¿Cómo es que soy un clase A si nací sin pelo?

Mi padre sonrió. Todavía tenía fuerzas para contestar.

—Fue gracias a tu madre. Ella luchó para que pudieses llevar ese gorro y consiguió que lo aceptasen.

—Y a tu padre le rebajaron de un clase A triple plus a un A simple —dijo mi madre entrando en la habitación. Se sentó junto a nosotros y unió su mano a la nuestra.

Mi padre me miró a los ojos:

—Pero cada segundo por tenerte a mi lado merecí la pena.

Y me apretó la mano esta vez con fuerza. Yo miré asustado al enterrador por si se había dado cuenta.

—Hijo, coge el reloj —me dijo.

Se lo quité de la muñeca.

—Este reloj Atmos es un universo en miniatura. Compéndelo y comprenderás nuestro universo.

Yo asentí y me quedé junto a él. Poco después entró en criptobiosis.

El enterrador comprobó que mi padre ya no se despertaría. Nos dijo que debíamos avisar para que se llevasen el cuerpo cuando definitivamente terminase su ciclo de energía.

No tardó mucho y cuando se apagó, mi madre no logró contener las lágrimas.

Afortunadamente nadie la vio.

Debíamos avisar a los enterradores, pero convencí a mi madre de que durmiese un poco antes de hacerlo. Cuando ya estaba dormida, fui a la habitación de papá.

Mi padre no quería que su cuerpo se lo llevase nadie. Él siempre me decía que en la *Hawkins* no se desaprovechaba nada. Y por el tono que utilizaba yo sabía que eso no significaba nada bueno. Así que decidí hacer lo que a él le hubiese gustado.

Cuarenta kilos era mucho peso para mí. Por suerte mi padre tenía un deslizador donde podía transportarle. Era afortunado de que me hubiese dado de comer no hacía mucho y que acumulase energía suficiente para poder llevar su cuerpo por los pasillos.

Tenía miedo. Si me encontraba con cualquiera en el camino, yo iría directo a un ataúd. Y no quería ir a un ataúd. Nunca había estado en uno, pero la sola idea me producía escalofríos.

Llegué a la primera compuerta. Mi padre siempre la abría con el método retardado, pero existía un sistema de apertura de emergencia. Él me lo había explicado.

Sabía que en cuanto lo usase, pondría en alerta a los enterradores. Aun así estaba dispuesto a cumplir el deseo de mi padre. Por la ventana vi la escotilla que conducía al exterior de la nave. Una vez abierta podría lanzar el cuerpo como si fuese un funeral vikingo. Sólo cambaría el mar por el inabarcable vacío.

Quité la pequeña tapa que escondía la manivela de emergencia y con esfuerzo abrí la compuerta lo más rápido que pude. Arrastré

el cuerpo hasta el interior del habitáculo y cuando iba a cerrar la puerta para evitar la descompresión, llegaron dos enterradores. No me dieron tiempo a explicarme, aunque hubiese servido de poco.

Me llevaron ante mi madre, que no terminaba de creerse lo que había pasado. No entendía cómo me pude arriesgar a algo así. Quería gritarme pero eso sólo hubiese empeorado las cosas.

No fueron muy duros conmigo. Mi padre acababa de morir y sólo estuve cinco ciclos en el ataúd. Aun así fue todo lo que había temido. Inmovilizado y en un estado de semiconsciencia, quería hablar pero no podía. Quería abrir los ojos pero no podía. Pensaba pero mi cuerpo no reaccionaba. Sólo escuchaba voces lejanas, pero no terminaba de entender lo que decían. Todo un castigo para que el tiempo se me pasase tan lento que no tuviese ganas de volver a violar el primer mandamiento de la *Hawkins*: «No malgastarás energía útil».

Cuando regresé de mi enterramiento comprobé que a mi madre la habían degradado a clase D.

Se había acabado el café, poder andar por los pasillos, dialogar a voluntad y el tiempo excesivo de vigilia. Y Carnot. También me quitaron a Carnot.

Nos dieron una cama nido, encajonada en un hueco en una pared de una sala donde había trescientas más. Mi madre dijo que parecía un cementerio. Y era posible que hubiésemos muerto un poco en vida, porque me notaba mucho más cansado que cuando disfrutábamos de los privilegios de la clase A.

También pasamos a comer cada quince ciclos en vez de cada tres, lo que nos condenaba a realizar mucha menos actividad física.

Nuestro primer turno de comida después de mi enterramiento no tardó en llegar. Pero mi madre me prohibió ir, a pesar de que me moría de hambre. Había pollo y aunque nos gustaba el pollo, mi madre me recordó que en la *Hawkins* no se desaprovechaba nada de nada. Y la muerte de papá era muy reciente. Demasiado reciente.

Lo único que logré conservar en mi nuevo estatus de clase D, tal vez porque lo escondí muy bien, fue el reloj de mi padre. Quería descubrir los secretos que ocultaba. Por la noche, cuando el resto dormía, utilizando como iluminación el calor que se acumulaba en esos cubículos por la radiación de nuestros cuerpos, lo desmontaba para descubrir sus engranajes. Era un mecanismo simple y fue el que sirvió de inspiración para crear los motores de la nave. Sólo que funcionaba con cambios de presión atmosférica y no con la energía del vacío.

Mi madre se despertaba alguna vez cuando estaba con el reloj. Me regañaba y me recordaba que si me cogían, el tiempo que pasé en el ataúd me iba a parecer un suspiro. Pero yo seguía estudiando ese reloj como me había dicho mi padre. Quería comprender nuestro universo y volver a ser un clase A.

Pero no fueron los enterradores los que me pillaron. Fueron dos chicas, una de la cama ciento veintitrés y otra de la doscientos cuarenta y ocho. No sé cómo pero averiguaron lo qué estaba haciendo. Una noche (todavía llamábamos noche a la hora de dormir) se acercaron hasta nuestra cama. Mi madre ya dormía, pero yo, acurrucado, miraba el mecanismo decidiendo si lo desmontaba del todo para desentrañar sus secretos.

—¿Qué haces, calvo? —me dijo quitándome el gorro. Yo realicé un movimiento brusco para cogerlo y casi despierto a mi madre. Bajé de la cama.

—Dámelo, por favor —le dije susurrando. Si alguien se despertaba, iríamos directamente a un ataúd. Aunque sospechaba que a ellas les daba igual.

—Sólo te lo devolveré si me das lo que tienes ahí —me dijo.

—Mi gorro. Si no lo tengo nos degradarán a una clase F o G. Por favor, dámelo.

—Calvo, dame tú lo que guardas ahí.

—No —dije ocultando el reloj en mi puño.

—Eres muy tonto, ¿lo sabes?

La otra chica, mientras discutía con su amiga, se puso detrás de mí y me arrebató el reloj de la mano.

—¡Dámelo, dámelo! —grité.

La gente se empezó a despertar y las chicas, asustadas, dejaron caer el reloj al suelo. Yo me lancé a cogerlo y entre mis manos comprobé que seguía intacto. Me alivió. Entonces una de las chicas comenzó a gritar:

—¡Tiene un reloj, tiene un reloj!

Me lo quitó de las manos y lo lanzó al suelo con rabia y esta vez sí reventó en cientos de trocitos.

—Ningún clase D puede tener pertenencias —me dijo.

Empecé a llorar y mi madre me abrazó por detrás:

—No llores, por favor, no llores o nos enterrarán a los dos.

La aparté de mí de un empujón y salí corriendo. Iba por los pasillos aparentemente sin rumbo, pero mi cerebro sabía dónde se dirigía. Por el camino me encontré un enterrador. Le aparté y seguí corriendo. Él se quedó sin saber qué hacer. Probablemente era la primera vez que veía a alguien correr así.

Llegué hasta la sala de máquinas de la *Hawkins*. Quité la tapa que ocultaba la apertura de emergencia y después de abrir la puerta entré en el motor, sin pensármelo dos veces, comencé a destrozar con mis manos las pequeñas celdillas cuánticas que impulsaban la nave. Eran tan delicadas que un simple golpe acababa con ellas. Un golpe aquí, otro allí, un golpe aquí y otro allí y cientos, tal vez miles de mecanismos nanométricos se rompieron antes de que llegasen los enterradores y me parasen.

Mi madre vio como me llevaban a los ataúdes. Me decía angustiada que dejase de luchar.

—No quiero vivir así, mamá. No quiero, ¡no quiero!

Y lloré. Lloré las lágrimas contenidas durante toda mi infancia. No entendía por qué los científicos no habían eliminado también esta parte de nuestra naturaleza si derrochaba tanta energía.

Cuando me encerraron en el ataúd estaba más calmado. Mi condena fue la de permanecer allí inmóvil hasta que llegásemos a Eden I, si es que llegábamos, porque con los destrozos que había causado al motor no era seguro que tuviésemos suficiente energía para hacerlo a tiempo.

Mi madre me visitaba cada quince ciclos. A pesar de lo que yo había hecho y de que apagar me era lo más eficiente, todavía había humanidad en la *Hawkins*. O eso decía mi mamá.

Yo esperaba cada visita impaciente. Era el único momento en que me dejaban retomar el control de mis sentidos. Podía verla y escucharla y hablar con ella, aunque el resto de mi cuerpo seguía inmovilizado. El no controlar el paso del tiempo hacía que la llegada de cada visita se me hiciese demasiado larga. Y cuando llegaba, el tiempo parecía volar.

Mi madre me contaba su nueva vida como clase L. Me decía que era muy feliz así, pero yo sabía que mentía. Cada vez estaba más delgada, las bolsas debajo de sus ojos aumentaban a cada visita y envejecía mucho más rápido de lo que envejecían los enterradores, los únicos seres humanos con los que la podía comparar.

Para hacerme sentir bien siempre me prometía que la siguiente vez me traería un pájaro de Carnot. En su última visita me dijo que estaba a punto de conseguir uno. Yo me ilusioné. Esperaba todavía más impaciente al ciclo en que ella volviese. Pero pasó el tiempo y mi madre no regresaba. Al principio lo achaqué a que no había podido venir a una o dos visitas. Pero después pasó más tiempo y más tiempo y yo esperando que ella apareciese y esperando hablar con ella, pero no aparecía. Finalmente, después de una eternidad, me sacaron de mi letargo sensitivo. Eso sólo podía significar que tenía una visita. Yo esperaba ver a mi madre, pero apareció el rostro de una de las enterradoras.

—¿Mamá?

—Tu madre ya ha acabado su ciclo energético —me dijo con voz seca—. Ahora tienes otra visita.

Era la niña con la que había competido en la explanada. La chica rubia de ojos azules como el mar. Sólo que ya no era una chica sino una mujer.

Quería hablar conmigo después de muchísimos ciclos. Me contó que me había convertido en una leyenda: el niño que aguantó una temperatura corporal por debajo de dos grados

bajo cero. Se llegó a afirmar que tenía anticongelante en mis venas. También me contó que la leyenda se agrandó cuando me rebelé contra el sistema y que ahora era el héroe de los niños por debajo de la clase C. Todos querían ser como yo.

—¿Qué se siente siendo un héroe? —me preguntó.

Yo me encogí de hombros mentalmente.

—Quiero ver a mi mamá.

La chica se marchó y la enterradora ocupó su lugar.

—A partir de ahora, salvo que alguien más pida específicamente una visita, no te sacaremos más de tu limbo hasta que lleguemos a Eden I. Si es que llegamos —dijo enfadada.

Y volvió a enterrarme en mi semiconsciencia. Quise llorar, pero no pude.

El tiempo se ralentizó todavía más. Si hasta entonces tenía la esperanza de que apareciese mi madre, ya no esperaba nada. Sin ninguna visita para poder marcar el acontecer del mundo, de mi mundo, el tiempo no transcurría.

Me dio tiempo para pensar. Me acordé de mi padre y de su definición de vida. Él siempre la había medido por la eficiencia energética. Pero entonces, ¿no me convertía eso a mí en el ser más vivo de la nave? Por eso mi padre se equivocaba. Yo sabía que la vida no se podía medir por el aprovechamiento de la energía útil. Más bien por lo contrario. Allí enterrado, sin poder moverme, ni ver ni oír con claridad, sin poder levantar ni un párpado para poder saber lo que ocurría a mi alrededor, lo único que me quedaba era mi propia imaginación. Era paradójico, si los seres humanos habíamos perdido la capacidad de soñar para poder sobrevivir, allí enterrado, soñar era lo que me daba vida.

Unas veces soñaba cómo sería la vida cuando llegásemos a nuestro paraíso, Eden I. Era un agujero de Kehr al que le sustraeríamos la energía de rotación, la única fuente de energía que quedaba en un universo sin estrellas. Por lo que soñaba una vida sin limitaciones de ésta. Una vida donde ya no habría tripulantes de segunda y una vida que, al desaparecer las clases energéticas, nos permitiría por fin vivir en igualdad.

Otras veces soñaba cómo sería la vida cotidiana en Eden I, rotando alrededor del agujero en las pequeñas ciudades-módulo que cargaba la *Hawkins* y que serían liberadas al llegar allí. Pequeñas comunidades en las que compartiríamos el trabajo y la producción entre todos y que se mantendrían gracias a la energía de la superradiancia producida al lanzar ondas a la ergoesfera del agujero. Mi padre me había contado esta utopía cientos de veces y ahora la recreaba una y otra vez en mi cabeza. «Le vamos a robar energía a un agujero negro», me decía siempre. «¿Te das cuenta de lo que eso significa?»

Y sí lo sabía, porque energía era lo que nos faltaba en la *Hawkins*. Energía que yo derrochaba soñando con un mundo al que ni siquiera sé si llegaría. Era como el larguirucho de la explanada que para mantenerse más tiempo consciente corría para generar calor, sin saber que en realidad estaba anticipando su desmayo. Pero eso era la vida, la lucha inútil contra un final inevitable. No me importaba. Si ese futuro nunca llegaba, porque al final el ciclo de la energía siempre terminaba para todos incluso para el universo en su muerte térmica, entonces por lo menos durante ese sueño habría vivido.

Imaginé jugar con Carnot y con mi madre y con mi padre como si nunca se hubiesen apagado.

Y entonces en mi boca se iluminó una sonrisa de felicidad.

Consultar bases, premios y relatos ganadores:
www.toshiba-aire.es/concurso-de-relatos-homocrisis/